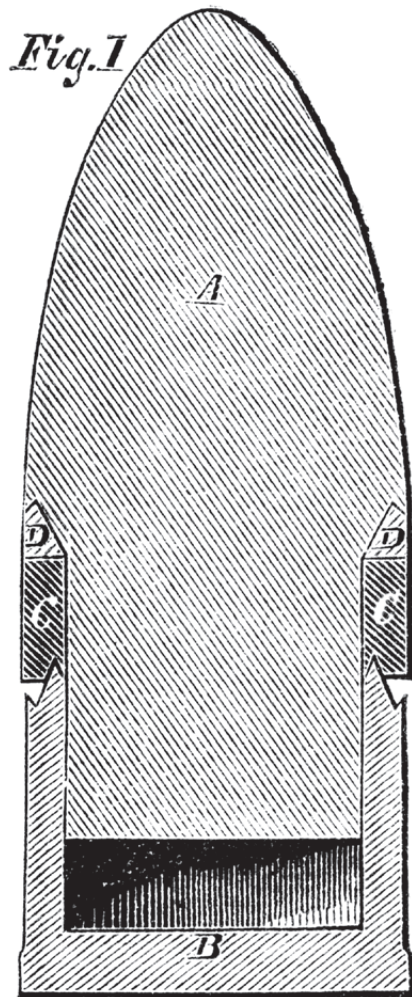
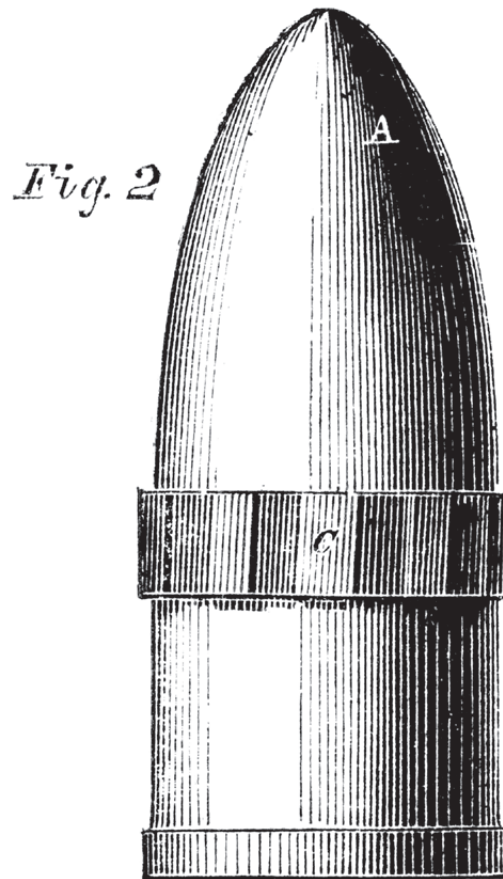


Edén subvertido



(Imagen: Buyenlarge / Getty Images)



Vladimiro Rivas Iturralde

MIENTRAS PAGABA LA RENTA, LA CASERA ME CONTÓ, con detalles indiscretos de los que sin embargo se enorgullecía, el origen de todo esto. El bisabuelo había sido un general de la Revolución. Después de las batallas, Carranza lo había recompensado concediéndole estas tierras, alrededor de diez hectáreas de sangre costosa. Los ejidatarios se resistieron a cedérselas y una vez tras otra lo combatieron. Ya sabe cómo eran esos tiempos. Puros alzados por todas partes saltándose la ley. Como ahora, pues, con los guerrilleros y los narcos. En el centro del ejido ya estaba la iglesia de enfrente, la capilla de San Lorenzo, del siglo XVI. Ni siquiera ella alcanzaba a pacificar las revueltas y lavar la sangre que se vertía alrededor. Y fíjese que estábamos apenas en las afueras de la capital. Al fin, después de largos meses de revuelta, los ejidatarios aceptaron las condiciones del gobierno para el reparto. Los esfuerzos de mi bisabuelo ya no fueron discutidos y las escrituras se firmaron a su nombre. Todo muy legal, para que vea usted. Todo se parceló y por eso fue urbanizándose. Pasaron los años, y faltándole poco para morir, vendió muy baratas las tierras que estimó innecesarias. Era mucha, demasiada tierra, y el abuelo donó una parte al estado para que se construyera este parque. Era un hombre generoso, un filántropo. Con el tiempo y las mejoras, y a medida que la ciudad se extendía para acá, quedó, como usted lo ve, precioso, un parque precioso.

En efecto, mi madre, que había venido a visitarme, pudo constatar y disfrutar de la belleza del parque, poblada de ocotes, fresnos, limoneros, jacarandas y pirules, laureles de la India, sauces llorones y aun sedientos eucaliptos, alrededor de la vieja capilla del siglo XVI. Por ellos trepaban y bajaban las lagartijas a tomar el sol y las desconfiadas ardillas, alimentadas por los niños y ahuyentadas por los perros. Pero el parque se convertía en jardín con sus rosales, margaritas, claveles, floripondios. Habíamos visto varias veces a los jardineros, y mi madre los saludaba con un respeto que lindaba con la admiración. Hablaba con ellos detenidamente sobre los cuidados que cada flor, cada planta, exigían. “Me

hubiera gustado ser jardinera”, me dijo, “pero no podía ser: ganan tan poco”. En las ramas trinaban toda clase de pájaros y al amanecer sus voces podían ser atronadoras. Durante el día los zanates deambulaban por el parque buscando gusanos o migajas de pan. Las mariposas multicolores y las abejas pululaban alrededor de las flores, en su tarea de polinizarlo todo. Y los niños acudían invariablemente al parque de juegos mientras los padres y madres empujaban sus carriolas y otros paseaban a sus perros.

El parque no estaba cercado por ningún lado, de manera que infundía una sensación de libertad, con todos sus peligros. Los perros sueltos y jóvenes se arriesgaban a ser atropellados en la calle. O los niños que corrían detrás de una pelota. No había puerta alguna porque no había verjas, sugiriendo así su pasado campesino. Todo era puerta abierta, ya no al campo, sino a las cuatro calles que lo bordeaban.

Alrededor, además de los edificios de departamentos, había dos cafés, una heladería, dos taquerías, un restaurante italiano, una tienda de accesorios para baños, dos tiendas de modas, con amplias vitrinas y maniqués. La víspera del regreso de mi madre comimos lasaña, allí junto a la tienda grande de modas, esquina con Insurgentes. En los maniqués hay siempre algo inquietante, esa posibilidad de vida que, no por remota, está ahí, latente en su plástica frialdad. Había cuatro mujeres atendiendo allí: una que recibía a la clientela; otra que, con manos de artista, decoraba el escaparate; una que traía de la bodega la prenda solicitada, y una cajera. Mi madre se probó un vestido y, aunque no lo compró por su elevado precio, sí se llevó una blusa que estaba en oferta de verano. Casi siempre ocurre que la ropa que nos interesa no está en oferta y tenemos que resignarnos a comprar otra cosa. Pero ella salió contenta de su compra, una blusa que la rejuvenecía.

Quería despedirse de ese parque, del que había disfrutado durante dos semanas. Estábamos comiendo de postre helados en cono, cuando al salir de la heladería vimos que dos autos pretendían estacionarse en el único sitio disponible junto a la banqueta. Los dos conductores alegaban a gritos tener derecho al lugar

por haber llegado primero. Nadie cedió. Se insultaron. Bajaron de sus coches y se dieron de golpes con una violencia creciente, insoportable de ver. Corrió la sangre de sus narices, de sus bocas. Vi la tumefacción en las cejas y pómulos. Las palabrotas y jadeos animales quemaban como fuego. Ese odio repentino tenía la brutalidad goyesca de la pelea a garrotazos. Nadie se atrevió a separarlos. Mi madre estaba demudada, pese a que procuraba no presenciar esa disputa. Se le cayó su helado al suelo. Nos retiramos de allí para no ver ni oír más. Dimos la vuelta al parque y aunque todo en él era de nuevo disfrutable, no pudimos superar el recuerdo de esa escena cruel. Mi madre es supersticiosa y tiene corazonadas que con frecuencia se cumplen. “Tenga cuidado, mijo”, me advirtió, “cuídese mucho”. Arrojé al cesto de basura la base del cono y reanudamos nuestro paseo, tratando de recuperar la alegría del otro lado del parque. Dimos de nuevo con la algazara de los niños en los juegos, el trino de las aves en los árboles. Recuperamos los olores reconfortantes del parque, a medio camino entre un zoológico y un jardín botánico. Para fortuna de mi madre, dio con dos jardineros, con quienes reinició una plática ilustrativa y feliz sobre el cuidado de los floripondios. Ya los conocía por sus nombres. Habían sido sus mejores amigos en esta ciudad. Ellos le desearon un feliz viaje y proseguimos nuestro paseo. Dimos de nuevo con la modesta capilla de San Lorenzo. Estaba abierta porque se celebraba un bautizo. Poco había que ver. Si alguna vez hubo recubrimiento de oro, no quedaba ahora el menor indicio. Mi madre observó que por su tamaño pudo haber sido la capilla de un ermitaño. Al frente, al otro lado de la calle, estaba la mansión de la casera, enorme, presuntuosa, amurallada como un castillo. Resumí entonces a mi madre la sangrienta historia del parque que la casera me había referido. Seguimos dando vueltas al parque, hablando de trivialidades que tenían la virtud de unirnos más en esa víspera de la separación. Empezaba a caer la tarde y el cielo se arrebolaba en el poniente, entre los edificios de reciente edificación. Los maniqués seguían extendiendo hacia ninguna parte sus brazos momificados, las telas satinadas se despleaban como alas tras las duras

vitrinas. Sólo entonces observé que los vidrios eran de un grosor desmesurado. Mi madre me preguntó si cerraban la tienda con puertas metálicas o algo por el estilo. Ella misma se fijó en que no las había. La gruesa vitrina y alguna película sonora protegían a la tienda de cualquier intento de asalto. La tienda dormía, entonces, con las vitrinas abiertas. “¿Te animarías a recuperar tu helado?”, le pregunté. “No quiero perdermelo por ese incidente”, me dijo. Ya frente a la heladería vimos la mancha del helado de mi madre todavía derritiéndose en la banqueta. Había algunos lugares vacíos para estacionar autos, y ninguno de aquellos dos estaba ya. “Se largaron como llegaron”, nos informó la vendedora. “No como llegaron”, observó mi madre, “Se irían muy lastimados”. La vendedora asintió.

Iba cayendo la noche. Subimos al departamento y empezamos a hacer la maleta. Mi madre se regresaría en un vuelo nocturno o, más bien, de madrugada. Su avión salía a las dos y media. Con su envidiable sentido práctico y seguridad en sí misma, tuvo listo su equipaje en poco más de media hora. Yo habría tardado tres horas. Desde la ventana de la sala teníamos una hermosa vista del parque, frente a los juegos. Escuchábamos el cada vez menor griterío de los niños, el crujir metálico en vaivén de los columpios. Los árboles —particularmente los fresnos— habían elevado sus copas más allá de los edificios de cuatro pisos. Hubo alguna vez el intento de las autoridades de derribarlos, argumentando un posible desplome sobre las casas pero los vecinos se opusieron con tan organizada decisión, que aquellos desistieron de su propósito. Los árboles estaban bien firmes sobre sus raíces; lo que no se sostenían eran los argumentos.

Cenamos en un restaurante cercano, La Veiga, lugar de obligada tertulia con mis amigos más cercanos, quienes sorprendieron a mi madre por su ingenio y humor. Le desearon buen viaje como si hubiese sido uno de los contertulios más asiduos. Todos envidiaban mi suerte de haber conseguido ese departamento frente al parque. Mi madre, sin embargo, les refirió la pelea a puñetazos que había tratado inútilmente de olvidar.

El taxi salió al aeropuerto como a las once de la noche. Advertí a mi madre algo triste —por la separación,

era obvio—, pero no sólo iba triste sino sombría. “Cuídese mijo”, volvió a decir. Y no podía tratarse del “cuídate”, esa despedida mexicana que suena a amenaza, sino de otra cosa. La despedida fue muy emotiva. No sabíamos exactamente cuándo volveríamos a vernos. Seguramente pronto, para Navidad, pero nunca se sabe.

Tomé el taxi de regreso. Eran las dos y media. Llegué a casa a las tres. El parque estaba silencioso. Después del día tan lleno de ruidos y vitalidad, este silencio nocturno infundía al parque un carácter melancólico y fantasmal. Las copas de los árboles se habían vuelto invisibles y los faroles iluminaban parcialmente sus troncos. Despedí al taxi, dudé un momento con la llave prendida en la puerta. La desprendí y me puse a caminar por el parque iluminado de modo intermitente por pálidos faroles. El silencio era intimidante. Se escuchaba solamente el siseo de las tranquilas ramas de los árboles y el rumor distante de los vehículos circulando por Insurgentes. Empecé a repetir el paseo que había hecho con mi madre, por un parque que me parecía más grande e irreal. Me asustaba de mi propia sombra, como el miedo que infunde ver que cierras una puerta y al instante se te abre otra al lado. Llegué a la iglesia y pensé entonces en regresarme, advirtiendo el sinsentido de ese paseo. Pero decidí explorar la noche, ponerme a prueba y continuar. Vi la tienda iluminada, con sus telas y maniqués, el cartel en el restaurante italiano. Un gato negro se me atravesó y cruzó velozmente la calle para ocultarse en la maleza. Qué vida secreta, misteriosa, insondable, la de los gatos en la noche. ¿Qué diablos hacen? Supongo que cazan, juegan, se aparean. La heladería estaba sellada con una puerta metálica enroscable. Todo cerrado y dormido: la otra tienda de modas, los dos cafés, la tienda de accesorios para baños, los juegos de niños, las aves, los edificios que circundaban el parque.

Había triunfado sobre mí mismo y sobre el parque. Entré a mi casa casi a las cuatro y me dormí enseguida. Pensé que soñaba, que me había despertado una pesadilla. Oí gente corriendo por el parque, y disparos, ráfagas de ametralladora. “¡Alto! ¡Deténganse!” gritaban. El tableteo de las ametralladoras y los disparos de los revólveres se volvieron incesantes. Aún estaba

oscuro. Eran las cinco y diez. Acostado bocarriba, mirando la escasa luz que se filtraba hasta el techo de la habitación, procuraba representarme las rutas trazadas por los perseguidos y sus perseguidores. Luego de un instante de duda, me levanté de un salto de la cama y corrí hacia la ventana. El tiroteo continuaba, sólo que no podía ver a los contendientes. Entonces divisé a un policía (¿o era un soldado?) parapetado tras el tobogán, sosteniendo una ametralladora. Vi más hombres armados correr hacia mi calle desde el otro lado del parque, donde estaba la heladería. Junto a la iglesia había al menos cuatro hombres devolviendo el fuego. Una bala perdida atravesó la ventana, a metro y medio de donde yo estaba. Me oculté, apoyando mis espaldas en el antepecho de la ventana. Me sentí más seguro pero ya no veía nada. Sentado en esa posición, inmóvil, me puse a representarme las imágenes de lo que pasaba afuera, a partir de los sonidos que percibía, trazando mapas imaginarios de los vaivenes del combate.

El parque se había convertido en un campo de batalla, un territorio en disputa. Se avanzaba, se retrocedía, se ganaba un sector, se lo perdía y recuperaba. Me estaba perdiendo los detalles tácticos, estratégicos, de la batalla. Qué tentación la de contemplar ese espectáculo bélico y comprender. Me asombraba que una cosa así pudiera ocurrir en una ciudad capital. Todo era una confusión de ruidos. El aire de la madrugada se colmó de sirenas de la policía, amenazantes, malévolas y luego, las de la Cruz Roja. Una alarma, en medio del tiroteo, rompió a sonar, insistente. Provenía de la tienda de modas. Estallaban los cristales rotos. Escuché las voces alarmadas de mis vecinos, que ya no se atrevían a salir ni asomarse a la calle. “¡Entréguense!”, “¡Ríndanse!”, “¡Están cercados!”, seguían gritando. Nadie contestaba a esas voces sino las balas que cruzaban silbando en el aire. Las botas que corrían se aproximaban por momentos a la casa y hasta las escuchaba debajo de mi ventana, y su proximidad me infundía el temor, ya no de otra bala perdida, sino de una ráfaga de metralla. Sin embargo, las botas mismas traían en su carrera su mensaje de terror. Se las podía haber soñado en una pesadilla. Paulatinamente, los ruidos fueron apagándose. Se oían gritos ininteligibles en

la distancia. Al parecer, casi todos los perseguidos habían sucumbido más allá de la iglesia, en las cercanías de la tienda de modas y de Insurgentes.

Eran las seis y media. Todo había terminado. Esos ochenta minutos de tiroteo me habían durado una noche entera. Me vestí rápidamente y salí. Vi una ambulancia de la Cruz Roja dirigirse hacia Insurgentes, siguiendo a otra de la Cruz Verde. Esta se llevaba a los muertos. Ningún otro vecino se había atrevido a salir. Lo que vi era aterrador. Había charcos de sangre fresca en diversos sitios del parque. El tobogán había sido acribillado como un monigote de tiro al blanco. En los muros exteriores de la iglesia la metralla había trazado figuras ininteligibles y ominosas. Vi manchas de sangre en los rosales, en los floripondios trizados y aplastados. El cartel inclinado, a punto de caerse, de la *trattoria*, aún chorreaba sangre. Alguien había pretendido usarlo como escalón para escapar hacia la azotea del edificio. La vitrina de la tienda había sido despedazada por las balas, culatazos y hombres que allí se habían refugiado. Toda la decoración del escaparate se había destrozado y caído. Las delicadas telas satinadas, tendidas en el suelo como tapetes arrugados, habían absorbido la sangre hasta hacerla lucir en grandes coágulos. Los maniqués, con sus brazos, dedos y narices rotos, yacían en el suelo, en posiciones inverosímiles, únicas memorias de los cuerpos que allí habían sucumbido.

Entonces se me acercaron dos gordos policías armados hasta los dientes y me conminaron a retirarme de allí. “¿Narcos?”, pregunté, “¿guerrilleros?”. “Quién sabe”, me contestó filosóficamente uno de ellos. “Sí, quién sabe”, confirmó el otro.

Me retiré de ese lugar. Abrí la dócil puerta de mi casa y entré a mi departamento. Prendí las luces y mi vista tropezó la bala perdida, esperándome junto a una pata de la mesa del comedor. Dudé por un momento en tocarlo. La tomé entre mis dedos y la examiné con atención, como si fuera un objeto que hablaba o esperaba hablar, para decirme hasta qué punto me concernía sin proponérmelo y hasta qué punto esa destrucción me había comprometido. Esa bala se había metido en mi casa y ya no sería fácil sacarla. ■■■